

Juan José Millás

Lo que sé de los hombrecillos



La rutina diaria de un profesor universitario se ve perturbada por la irrupción de perfectas réplicas humanas en miniatura que se mueven con soltura por el mundo de los hombres. Un día, uno de estos hombrecillos, creado a su imagen y semejanza, establece una conexión especial con él y convierte en realidad sus deseos más inconfesables mientras pone a prueba su paciencia.

En este libro, el catedrático narra el último de estos encuentros secretos, que resulta también el más intenso y peligroso, pues además de averiguar dónde viven, qué costumbres tienen y cómo se reproducen estos hombrecillos, interviene en su pequeño mundo mientras la vida sin inhibiciones convierte el suyo en una verdadera pesadilla.

1

Estaba escribiendo un artículo sobre las últimas fusiones empresariales, cuando noté un temblor en el bolsillo derecho de la bata, de donde saqué, mezclados con varios mendrugos de pan, cuatro o cinco hombrecillos que arrojé sobre la mesa, por cuya superficie corrieron en busca de huecos en los que refugiarse. En esto, entró mi mujer, que ese día no había ido a trabajar, para preguntarme si me apetecía un café. Cuando llegó a mi lado ya no quedaba ningún hombrecillo a la vista, sólo los pedazos de pan y algunas migas.

—¡Qué manía! —dijo refiriéndose a mi hábito de guardar en los bolsillos mendrugos de pan cuya corteza roía con los mismos efectos relajantes con los que otros fuman o toman una copa.

Le disgustaba esta costumbre, aunque mis mendrugos no hacían daño a nadie y a mí me proporcionaban placer. Por lo general, tras escribir un párrafo del que me sentía satisfecho, sacaba uno del bolsillo y le daba tres o cuatro bocados mientras pensaba en el siguiente. Por alguna razón, asociaba el ejercicio de roer a la producción de pensamiento.

Cuando mi mujer abandonó la habitación, respiré hondo, aliviado de que no hubiera visto a los hombrecillos. De otro modo habría pensado que estaba loca y yo no habría sabido convencerla de lo contrario. Deduje que se habían metido en el bolsillo de la bata por la noche, atraídos por los mendrugos de pan, que quizá eran capaces de olfatear. Pese a la rapidez con la que desaparecieron, me dio tiem-

po a advertir que eran como los recordaba de otras ocasiones: delgados y ágiles cual lagartijas. Llevaban, sin excepción, trajes grises, camisa blanca, corbata oscura y sombrero de ala a juego, igual que los actores de cine de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo. Algunos cojeaban al correr, quizá les hubiera hecho daño sin darme cuenta al sacarlos del bolsillo.

Tras pensar un rato en ellos, intenté olvidar el incidente y volví al artículo con poca disposición, pues tenía la mente dispersa, no ya por los hombrecillos, sino porque le daba vueltas esos días a la posibilidad de dejar las clases de doctorado, productoras de más contrariedades que de satisfacciones. Al jubilarme, había sentido como un halago el nombramiento de profesor emérito, distinción reservada para unos pocos. Amortizada esa satisfacción, consideré que me había equivocado. Yo era muy puntilloso (muy obsesivo, dirían otros) con el trabajo y aunque a aquellas alturas no necesitaba preparar las clases, detestaba enfrentarme a los alumnos sin haber trabajado previamente la materia. Cuando hablaba de estas dudas con mi mujer, ella me animaba a continuar.

—Son muy pocas horas al mes —decía—. Además, las clases te obligan a salir de casa, a relacionarte con la gente. No las dejes, o espera al curso que viene y lo piensas durante el verano.

Ella temía que acabara abandonándome si prescindía de los pocos compromisos que todavía me obligaban a salir de casa. Dado que yo compartía ese temor, me afeitaba y me duchaba todos los días. Y aunque pasaba la mañana en pijama y bata, porque me encontraba así más cómodo, a la hora de comer me vestía, tuviera o no que salir. En cualquier caso, un par de veces a la semana iba a hacer la compra, tarea que había asumido con gusto al jubilarme. El ajetreo del mercado (teníamos uno tradicional muy cerca de casa) me ayudaba a pensar. No era raro que las mejores

ideas para mis artículos surgieran mientras hacía cola en la pollería o en el puesto de la fruta.

Al poco de que mi mujer abandonara la habitación, y como hubiera olvidado un trozo de pan sobre la mesa, un hombrecillo asomó la cabeza por detrás de la carpeta donde guardaba los recortes de los periódicos. Seguí a lo mío, como si no hubiera advertido su presencia, y cuando se encontraba cerca del pan estiré el brazo y lo atrapé en un movimiento rápido, como el que efectuábamos de niños para cazar moscas, procurando no hacerle daño. Dejé fuera del puño su cabeza, para que respirara, y acerqué una lupa que tenía sobre el escritorio a su rostro. Me pareció un hombrecillo joven, como de treinta o treinta y cinco años, no más de cuarenta en todo caso. Le pregunté por qué no había visto nunca mujercillas de su tamaño, pero no logré oír su respuesta, aunque movió los labios, muy finos, como si fuera capaz de articular palabras. Quizá hablaba, pensé, por medio de ultrasonidos que mis oídos no podían captar. Detrás de aquellos labios se veían, por cierto, unos dientes blanquísimos. En cuanto a la lengua, me pareció que terminaba en una punta extremadamente aguda, como la de los pájaros.

En ese momento sonó el teléfono, pero no lo cogí. Descolgó mi mujer en otra parte de la casa y entró enseguida en mi despacho con el inalámbrico.

—Del periódico —dijo alargándome el aparato.

Era el redactor jefe. Quería saber cuándo tendría listo el artículo sobre las fusiones empresariales, asunto muy de actualidad porque una farmacéutica grande acababa de deglutir a una pequeña como el que se toma un ansiolítico. Le dije que se lo haría llegar en un par de horas y colgué.

Cuando mi mujer salió de la habitación, abrí la mano en la que había ocultado al hombrecillo y lo deposité sobre la mesa, cuya superficie recorrió, aturdido, de un lado a otro, como si hubiera perdido el sentido de la orientación. Sus movimientos, pese al desconcierto de que era víctima, re-

sultaban muy elegantes, lo que atribuí a la longitud de sus piernas. Tras recorrer el tablero en ambas direcciones, sin preocuparse por mi presencia, saltó al cajón de la derecha de la mesa, que estaba un poco abierto, y se perdió en sus profundidades. Yo regresé al artículo sin ganas y saqué adelante un texto previsible, lleno de ideas tomadas de aquí y de allá, que quizá, por otra parte, era lo que en el periódico esperaban.

2

Pese a que continué dejando, a modo de cebo, mendrugos de pan en los bolsillos de mi ropa y por los rincones de mi cuarto de trabajo, estuve varios días sin ver hombrecillos. Comprendí entonces que su presencia dependía también de mi estado de ánimo. De hecho, al evocar otras apariciones, advertí que solían manifestarse cuando sucedía algo raro por la mañana, en el momento de despertar: la sensación, por ejemplo, de que mis músculos eran prestados, no porque funcionaran mal, sino porque yo era consciente de su funcionamiento, como cuando tienes agujetas o gripe. De todos modos, seguí tentándolos con pan duro por todas partes, a la espera de las agujetas o la gripe.

Pasó el tiempo y un día, al despertar, me noté raro. Recuerdo que me incorporé somnoliento y que permanecí sentado en el borde de la cama durante algunos minutos, haciéndome cargo de aquella extrañeza familiar (valga la paradoja) que siempre era bienvenida, pues resultaba enormemente creativa. Mi mujer, aún dormida, roncaba con delicadeza detrás de mí. Me pareció que había en su resuello una especie de voluntad musical, de armonía. Luego me levanté, me puse la bata, pasé un momento por el baño y regresé al dormitorio para despertarla con suavidad.

—Voy a preparar el desayuno —dije.

—Me levanto enseguida —respondió ella.

Me dirigí a la cocina, llené de agua el depósito de la cafetera tras asegurarme de que no había ningún hombrecillo en su interior, coloqué el café en su receptáculo y la encendí. Luego pelé dos plátanos, que partí en rodajas y que co-

loqué en un plato, junto a dos rebanadas de melón también troceadas. Aunque estaba despierto, tenía la sensación de moverme en un espacio onírico, pues la realidad, al menos la realidad periférica, gozaba de la elasticidad característica de los sueños. Como teníamos la tostadora averiada, puse dos rebanadas de pan sobre la sartén, con unas gotas de aceite, y esperé pacientemente a que se doraran. Saqué entonces del armario la lecitina de soja, el polen y un tónico mental que nos habían recomendado en el herbolario, y lo dispuse todo sobre la mesa.

Enseguida apareció mi mujer duchada, perfumada y vestida. Llevaba una falda negra, de piel, y un jersey de cuello alto, morado y fino, que acentuaba su delgadez. Ella ignoraba que yo aguardaba con cierta ansiedad esta aparición suya cada mañana. Y aunque sabía que se arreglaba para los otros más que para mí, no dejaba de asombrarme aquella voluntad de gustar que la mayoría de la gente perdía con los años y que en ella, sin embargo, permanecía intacta.

Mientras desayunábamos, me dijo que se quedaría a comer con unos compañeros para hablar de las elecciones, pues estaba formando un equipo con el que había decidido presentarse como candidata a rectora de la Universidad. Le dije que no se preocupara, pues yo tenía mucho trabajo ese día y sólo tomaría para comer una ensalada.

—Prepararé algo más sólido para la cena —añadí.

Recuerdo que en ese instante el patio interior al que da la cocina se iluminó brevemente por un rayo cuyo trueno sonó enseguida, como si la tormenta estuviera encima de la casa.

—Ayer anunciaron lluvia —señalé yo.

—Qué fastidio —añadió ella, como si dudara de haberse puesto la ropa adecuada.

—Cuando seas rectora —bromeé—, tendrás un coche oficial que te recogerá a la puerta de casa y te llevará hasta la puerta del despacho.

Ella hizo un gesto de pudor, como si mi comentario la ofendiera, aunque en el fondo la halagó. Luego la acompañé a la puerta, como todos los días, y le di un beso deseándole una buena jornada. Enseguida regresé a la cocina y en vez de meter los platos sucios y las tazas en el lavavajillas, como hacía habitualmente, decidí lavarlos a mano, pues fregar cacharros me relaja y me ayuda a pensar. Hacía todo sin agobios, sin prisas, a cámara lenta, como los días de gripe, de tensión baja, o de agujetas. Me gustaba sentir el chorro de agua caliente sobre las manos y observar las formas que dibujaba la espuma del jabón líquido sobre la superficie de los platos. Oí otro trueno, cuyo rayo no había percibido, y me pareció reconfortante la idea de que hubiera una realidad exterior que afectaba muy poco a mis hábitos. Algunos días, a esa hora, escuchaba la radio mientras recogía la cocina y la información sobre el tráfico me parecía una parte de guerra, de una guerra que no me concernía.

El primer hombrecillo apareció dentro de la taza que acababa de emplear mi mujer. Su delgadez le proporcionaba la agilidad de un reptil bípedo (si los hubiera, que creo que sí). Se estaba comiendo los restos del desayuno de mi esposa. Lo observé hasta que se dio cuenta de mi presencia, pero no hizo nada por huir. Parecía dar por supuesto que entre él y yo había alguna clase de complicidad, algún tipo de acuerdo. Me llamó la atención que no se manchara el traje, pese a chapotear en los restos del café como un niño en el barro.

—¿Por qué no te manchas? —pregunté.

Me miró un instante y siguió a lo suyo, por lo que dejé la taza a un lado, no iba a fregarla con él dentro. El segundo hombrecillo salió del interior de una licuadora en desuso. Sin preocuparle tampoco mi presencia, empezó a dar cuenta de un trozo de tostada abandonado sobre la encimera. Al poco la cocina estaba llena de hombrecillos cuyo desinterés por mí resultaba sorprendente. Me habría quedado a observarlos, pero se trataba de un día de la semana

en el que tenía que enviar dos artículos, de modo que tomé la bayeta y la pasé por la encimera con cuidado de no dañar a ninguno. Ellos siguieron a lo suyo, como si yo no estuviera delante, o como si fuera su cómplice, quizá su protector. Mi primer artículo versó sobre la influencia de la subida de salarios en la inflación y el segundo sobre el mercado de futuros en tiempos de crisis energética. Tras enviarlos, dormité un poco sobre la mesa de trabajo. Luego me preparé un sándwich vegetal.

3

Hubo luego unos días de calma chicha familiar, sin hombrecillos. El domingo, como era habitual, vinieron a comer la hija de mi mujer y su marido, con los niños (una cría de seis años y un bebé). El marido, economista, trabajaba en un banco. Mientras yo preparaba la ensalada, él, sentado a la mesa de la cocina, con el bebé en brazos, me hacía partícipe de sus preocupaciones. Había aconsejado mal a un cliente importante que ahora pedía su cabeza a la dirección. La responsabilidad era suya por no haber calculado los riesgos y no haber tenido en cuenta el perfil inversor del cliente, pero también del banco, que cuando necesitaba liquidez presionaba a los empleados para que captaran dinero con productos financieros en los que con frecuencia había algo de improvisación.

Me pareció que esperaba mi consejo, pero me limité a decir cuatro generalidades que cualquier inversor experimentado conocía de sobra. No me gustaba influir en cuestiones tan delicadas. En general, detesto dar consejos (y recibirlos). Tuve, por otra parte, la impresión de que el hombre estaba sobrepasado por la situación familiar (el bebé había sido producto de un descuido) más que por la laboral.

Mientras limpiaba la lechuga, salió de entre sus rizos una tijereta increíblemente ágil, pese a que había estado en la nevera. Me asusté y retiré la mano violentamente. Luego sonreí.

—Nada, un bicho —dije, volviéndome, al yerno de mi mujer, que se había sobresaltado con mi gesto.

Llegado que hube al corazón de la lechuga, encontré también un caracol pequeño y roto. La textura de su carne me recordó a la de los hombrecillos.

—Si no limpias bien las verduras, te comes cualquier cosa —sentencié en voz alta, mostrando el caracol.

Luego, al romper los huevos cocidos y retirarles la membrana, me asombró, como siempre, el talento económico de ese producto biológico. Andaba desde hacía meses detrás de escribir, medio en broma, medio en serio, un texto acerca de las virtudes financieras del huevo de gallina. Pero era preciso sortear muchos tópicos antes de alcanzar alguna idea original. Había demasiados análisis de la evolución biológica volcados sin criterio alguno en el ámbito económico. En fin, que me daba pereza abordar el asunto sin que dejara por eso de atraerme.

De repente, frente al huevo cocido (un óvulo cocido, reflexioné), sentí una especie de invasión de lo biológico que me turbó. Yo era biología. El yerno de mi mujer y su bebé, al que en esos momentos acunaba, eran también dos sucesos biológicos. Mi mujer y su hija, y Alba, la pequeña de seis años, que conversaban en el salón, eran asimismo ocurrencias biológicas. La lechuga era un hallazgo biológico. Pero la cáscara de todo eso (quizá también su entraña) parecía económica. Estaba a punto de atrapar una idea interesante cuando el yerno de mi mujer se interesó por mis clases de la facultad.

—Estoy un poco harto —dije—, quizá las deje.

—¿Y eso? —preguntó acunando al bebé.

—No sé, los alumnos no me interesan, ni yo a ellos. No me estimulan intelectualmente. Cada año vienen menos preparados, menos curiosos, más acomodaticios.

Entonces el bebé se puso a llorar.

—Es la hora del pecho —dijo él levantándose para ir al salón.

Al quedarme solo abrí el horno para ver cómo iba el cordero (más biología), y aunque lo había revisado antes de

encenderlo para cerciorarme de que no había ningún hombrecillo en su interior, pensé con inquietud en la posibilidad de que alguno hubiera podido caer en el asado, cuya base era de patata y cebolla. ¿Qué pasaría si al servir la carne alguien encontrara en su plato un hombrecillo? ¿Lo apartaría educadamente, sin decir nada, como cuando se retira un pelo de la sopa, o lo señalaría con espanto?

Aunque no era en absoluto responsable de la existencia de los hombrecillos, imaginé que los rostros de los comensales se volverían acusadoramente hacia mí. Preocupado por este asunto, y aunque el cordero no estaba hecho del todo, saqué la bandeja y lo revisé para comprobar que no había ninguna irregularidad. No vi a ningún hombrecillo, pese a que levanté las piezas de carne y revolví con cuidado la base.

Efectuado el examen, introduje de nuevo la bandeja en el horno y me dirigí al salón para incorporarme a la reunión familiar. Poco antes de llegar, me pareció que hablaban en voz baja, como si temieran que pudiera oírles, de modo que permanecí oculto junto a la puerta unos instantes. La hija de mi mujer daba el pecho al bebé (más biología), al tiempo que su marido comunicaba a ambas que, en efecto, yo parecía dispuesto a abandonar las clases de la facultad, lo que mi mujer escuchó con expresión de disgusto. En esto, fui sorprendido por Alba, la niña mayor, y entré en el salón fingiendo no haber oído nada.

—En media hora está el cordero —dije.

Después de comer jugué un poco con la niña. Le encantaba que la llevara a mi despacho, lleno de objetos y fetiches antiguos por cuya historia se interesaba vivamente. Por lo general daba respuestas razonables a sus preguntas, pero a veces me complacía en hilvanar historias fantásticas sobre el origen de aquello o de lo otro. La niña tenía una memoria sorprendente y me corregía cuando le ofrecía una versión distinta a la escuchada la semana anterior. En esto,

se acercó al cajón de arriba de mi mesa y lo abrió para curiosear dentro.

—Lleva cuidado —dije—, que ahí hay un criadero de hombrecillos.

Aunque se mostró incrédula, cuando saqué el cajón del todo para satisfacer su curiosidad, descubrimos en el contrachapado del fondo un agujero que parecía conectar con una grieta de la pared.

—¿Lo ves? —añadí alumbrando la grieta con la linterna.

Cuando se fueron, mi mujer se mostró un poco preocupada por «los chicos».

—Saldrán adelante —dije yo.

—Ojalá —añadió ella. Y eso fue todo.

4

Aquel día mi mujer se encontraba de viaje, así que decidí quedarme un rato en la cama después de que sonara el despertador, que apagué a tientas, alargando el brazo. Al poco, me quedé dormido de nuevo y soñé con el embrión de un pollo en el interior de su huevo. De alguna manera inexplicable, yo me encontraba también dentro del huevo, por lo que me era dado asistir al espectáculo de la multiplicación de las células, que asociándose en diferentes grupos iban formando cada uno de los órganos del ave. Pensé, dentro del sueño, que las frases de un discurso se formaban de un modo semejante, aunque por asociación de palabras, en vez de células.

Durante las tres semanas que dura la gestación, el pollo no recibe ningún nutriente de fuera. Él es su propia despensa, crece a costa de sí. En cuanto al oxígeno, lo toma en parte de la cámara de aire formada entre la membrana y la cáscara, en uno de los extremos, y en parte del exterior, a través de los 7500 poros que posee el huevo. Aquella información, leída antes de irme a la cama en una revista, había actuado sin duda como el resto diurno generador de la materia onírica. En el fondo, era un modo más de indagar acerca de las relaciones entre biología y economía. Si continuaba dándole vueltas al asunto, tarde o temprano encontraría un vínculo original entre una cosa y otra. Mi cabeza funcionaba así. Soñaba muchos de mis artículos antes de escribirlos.

En esto, sufrí uno de esos pequeños episodios catatónicos que se traducen en que quieres hablar o moverte y no